

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

25 de abril de 1891

Núm. 182



RETRATO DEL SIGLO XVIII

Ayuntamiento de Madrid



## UN RATO DE CHARLA

**E**SPAÑA está atravesando otra vez por una de aquellas crisis de entusiasmo contagioso, por el estilo de cuando lo de la calle de Fuen carral, del submarino, etc. La prensa entretiene que es un gusto la efervescencia de la monomanía, y todos los problemas importantísimos que deberían interesar á la masa del público quedan olvidados ante la grande y pasmosa novedad.

Ya comprenderéis que me refiero á la novela *Pequeñeces*, que no he leído, por cierto, ni pienso leer.

No parece sino que aquí todo el mundo se haya caído de un nido, y que hasta la salida del P. Coloma al *palenque* literario no hayamos tenido ilustres noveladores. Pero, claro está, el digno jesuita ha escrito una novela *de salón* que dice la Sra. Pardo Bazán, y ahí es nada lo que interesa á la generalidad de los españoles una novela *de salón*. Cualquiera se topa á la vuelta de la esquina con una novela *de salón*, legítima, y ya se sabe que la última palabra de la literatura, lo más sublime, lo supremo, lo insuperable, es una novela *de salón*.

Por lo visto, yo soy casi el único ciudadano á quien le traen sin cuidado las novelas *de salón* y lo que pasa en los *salones*. ¡Si tendré mal gusto cuando con sólo saber que una novela es *de salón* ya me tienen Vds. volviéndole la espalda!

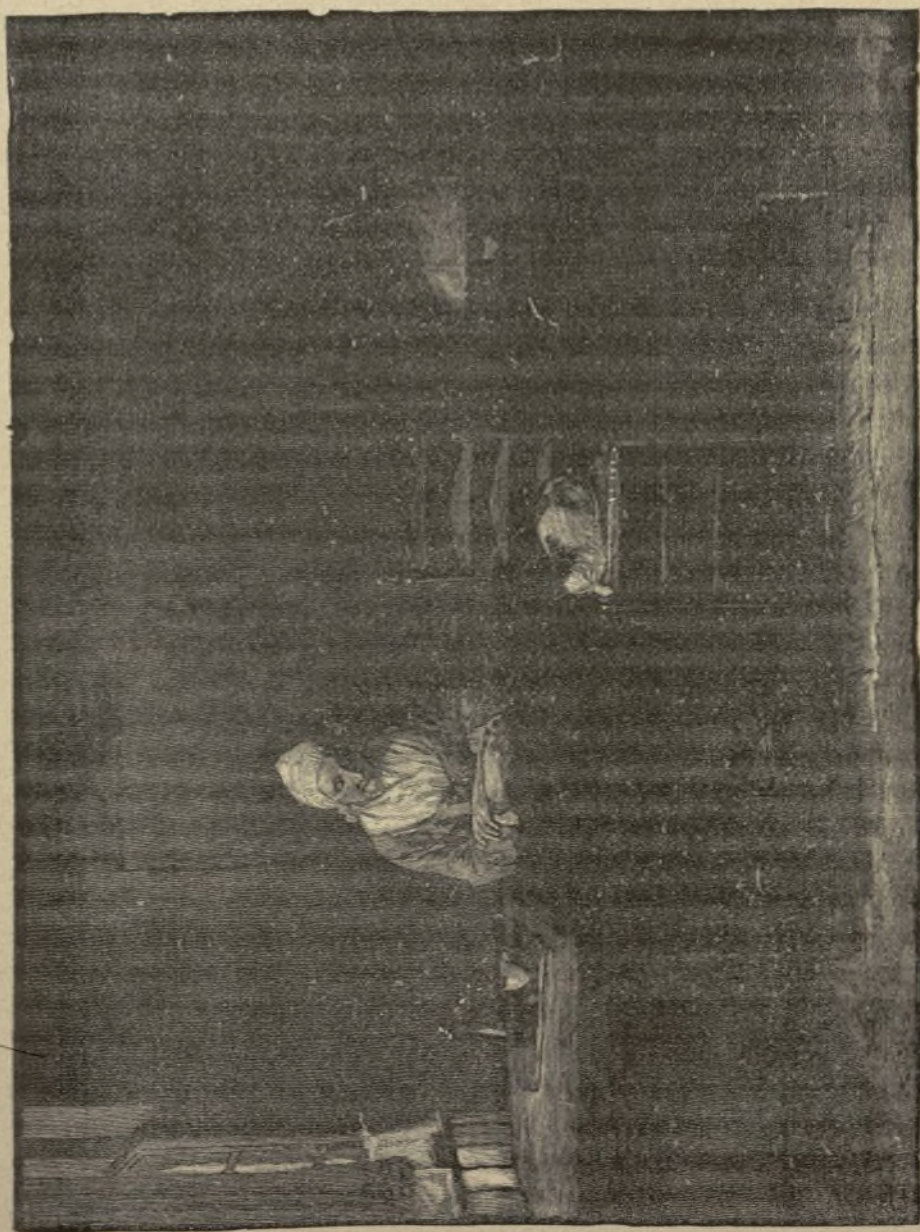
Paso por delante de una ebanistería, veo muebles de salón, y como si viera tratados de homeopatía ó los logaritmos de Vázquez Queipo. Paso por delante de una platería, veo aderezos de salón, y como si estuviese vacío el escaparate. Recorro distraídamente las columnas de un periódico, veo una revista de salones, y como si viera una revista de toros ó una crítica de esos dramas que se van estrenando en el Español. No puedo remediarlo. ¿Qué más? Me trato con algunos condes y marqueses, y jamás he podido acostumbrarme á llamarles por sus apodos nobiliarios, sino D. Perico, ó D. Matías, ó D. Sisenando, ó D. Lesmes.

Sin duda se explica por esta idiosincracia mía la excepción que estoy constituyendo en medio de la general *chifladura* por *Pequeñeces*, y, aferrado á mis viejas convicciones, preferencias é idolatrías, no habrá quien me haga reconocer que *Pequeñeces* pueda compararse en nada, por nada y para nada (aunque repito que no lo he leído) con *Angel Guerra*. Pero ya sé yo que, aunque leyese *Pequeñeces*, no habia de cambiar de parecer. Por consiguiente, sería inútil toda discusión conmigo sobre el particular.

Que la aristocracia española, hablando en general, y por más que haya dicho la Sra. Pardo Bazán, no vale un pito, es cosa que me tengo sabida desde niño, y lo aprendí en la *Sátira á Arnesto*. Ya sé yo que desde que Jovellanos escribió aquello ha llovido mucho; pero cuanto más ha llovi-



do peor se ha ido poniendo aún la aristocracia susodicha. ¡Además, y antes del P. Coloma, algo han dicho también, además de los noveladores de



La anciana

primer orden, Mme. Ratazzi, el Sr. Zahonero y algunos más; por manera que todo cuanto pudiese decirme el P. Coloma sería, para mí, ya *muy sabido*, ó cuando menos *presentido*, que dijo Fernández y González.

Ayuntamiento de Madrid



Quedamos, pues, en que todo ese ruido que se está metiendo alrededor de *Pequeñeces* dice muy poco en favor de la cultura española. Se publica *Angel Guerra*, el prodigioso *Angel Guerra*, y nadie dice palabra; mientras que á mí, y á otros como yo, se nos está fastidiando con ese bombo escandaloso y esa vocinglería estridente en honra y gloria del señor catedrático de Deusto.

¿Sabéis cómo se llama eso? *Snobismo*. Ya sé yo que la mayoría de vosotros no sabréis con qué se come eso; pero podéis salir de dudas fácilmente comprando *El libro de los snobs*, por Mr. Thackeray. Pero, por si no podéis procuraros eso con facilidad, yo os voy á dar ahora la definición del *snob*: un *snob* es el que se interesa, sin ser aristócrata, por la novela *Pequeñeces*.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

---

## CORRIENTES MARINAS

---

**L**as corrientes marinas son muy numerosas, habiéndolas en número considerable. Algunas tienen un movimiento que se manifiesta en la superficie, otras únicamente á cierta profundidad, y otras á la profundidad toda del mar.

Las mayores corrientes conocidas son las que llevan el agua á los trópicos de oriente á occidente, es decir, en una dirección contraria á la de la estación del globo, y la que lleva hacia el ecuador las aguas del norte.

La primera existe en el Océano Pacífico, como en el Océano Atlántico. Ésta parte del golfo de Méjico y sigue las costas de la América del Norte hasta el banco de Terranova, que se supone formado por inmensas cantidades de detritos arrastrados por ella. Esta corriente arrastra al propio tiempo miriadas de insectos, los cuales sirven de alimento á los bacalaos, que los devoran en las aguas calientes de la corriente.

Los ingleses le han dado el nombre de *Gulf-stream*, que significa *corriente del golfo*.

No tiene menos de 40 kilómetros de ancho, sobre 300 metros de profundidad, y viaja con una facilidad de 2 leguas por hora.

Saliendo del golfo de Méjico entre la Florida y Cuba, sube al norte hasta el banco de Terranova, donde encuentra la gran corriente polar, y se separa en dos ramas, que van al polo boreal á desagregar los hielos que la corriente polar acarrea desde el norte al mediodía.

Una de las ramas del torrente ecuatorial, desviada de su curso por la corriente fría del polo, deriva á la derecha y va á dividirse en otras varias ra-





Los cisnes

mas, de las cuales hay una que remonta bajo los hielos del polo y otra que vuelve á bajar á lo largo de las costas occidentales de la América Septentrional.

El número de las corrientes marinas es incalculable, ejerciendo todas ellas poderosa influencia en la dirección de los vientos.

Ayuntamiento de Madrid



Como es sabido, el mar tiene sus ríos, sus arroyos y sus manantiales.

Las corrientes calientes llevan del ecuador al norte el calórico que des-  
agrega los bancos de hielo y restablece una especie de equilibrio de tempera-  
tura entre las aguas de los mares ecuatoriales y de los mares polares.

La corriente boreal arrastra frecuentemente consigo enormes témpanos  
desprendidos de las montañas de hielo del mar Boreal, que con frecuencia,  
antes de haberse derretido por completo, llegan á los trópicos.

Estas corrientes, como dejamos consignado, ejercen una acción muy di-  
recta sobre la dirección de los vientos, los cuales soplan desde las regiones  
más frías á las más calientes, porque el aire caliente, más ligero que el frío,  
tiende continuamente á elevarse, y el aire frío lo reemplaza.

T. DE LA ROSA

## EMILIA

(ENSAYO LITERARIO)

LA historieta que os voy á referir ocurrió hace muchísimos años, en aquella  
época en que los pájaros les contaban á los niños las historias más in-  
teresantes, en que el lobo tenía *amenas* conversaciones con el cordero, y  
en que las hadas se permitían el lujo de visitarnos de cuando en cuando.

Ya comprenderéis, por lo dicho, que esto pasó (porque es una verdadera  
historia) hace muchos años, pues en la actualidad no creo que ninguno de  
vosotros haya tenido el gusto de recibir la visita de ninguna de dichas seño-  
ras, ni mucho menos de oír hablar á ningún animal, salvo alguna cotorra,  
que las hay que hablan y aun escriben por misericordia de Dios.

Pues bien: en aquel tiempo, y en medio de los Alpes, con su pico nevado y  
sus laderas surcadas de bulliciosos arroyuelos, había, y aun hay, una gran  
montaña llamada *Monte Rosa*.

En la falda de este monte, y lejana de la ciudad, había una cabaña, en la  
que vivía Emilia, que era una niña rubia como la mies próxima á ser segada,  
y de ojos azules.

Su padre la quería más que á la escopeta con que se ganaba el sustento, y  
digo esto porque el padre de Emilia era cazador de gamuzas, que ya debéis  
saber que son unos rumiantes parecidos á las cabras, y que abundan en las  
grandes cordilleras, y por ende en los Alpes.

La madre también se miraba en ella y trabajaba noche y día con el ob-  
jeto de que su hija querida fuese mejor vestida y arreglada que si fuese la de  
un rey.

Emilia pasaba sola la mayor parte del día, pues el padre estaba en los ris-  
Ayuntamiento de Madrid



cos buscando caza y la madre en el pueblo cercano tratando de vender las piezas cogidas.

De esta manera fué creciendo, y, al paso que se hacía mayor de estatura, crecía en belleza, en talento y en virtud. En belleza porque nunca se había estropeado el rostro con ninguna de esas *aguas* con que las señoritas de hoy en día se *lavan* la cara y se había contentado con la del manantial vecino; en talento porque cuando no la ocupaban las labores domésticas se entretenía en leer libros amenos é instructivos; y en virtud porque como nunca tuvo malas compañías, que son las que pervierten á los niños, había continuado siendo buena, y lo sería, sin duda, hasta el fin de sus días.

Pero como no hay felicidad en este mundo que sea duradera, también se acabó la de Emilia. Un día llevaron otros cazadores á la cabaña al padre gravemente herido, por haberse despeñado, y próximo á espirar, aunque aún alentaba. Su madre, del sentimiento, cayó desmayada, y no pudieron hacer que volviera en sí. De esta manera aquella niña, á la que hasta entonces había sonreído siempre la felicidad, se encontró de repente sola y abandonada en el mundo cuando aún no contaba quince años de edad.

\* \* \*

El padre de Emilia le había enseñado á leer y á escribir, mientras que su madre le enseñó á rezar y una infinidad de labores; y la niña, que era mañosa y trabajadora, no perdía el tiempo. Como el aburrimiento tiene por causa el no saber qué hacer, y Emilia siempre hacía una ú otra cosa, no se aburría. Por la mañana le servía de despertador el agudo canto de los gallos que proclamaban su soberanía en el gallinero, se vestía y se lavaba en el riachuelo que ya conocéis, cogía algunas legumbres del huertecillo que ella misma cultivaba y que le servían de alimento, y se entretenía después en hacer labores



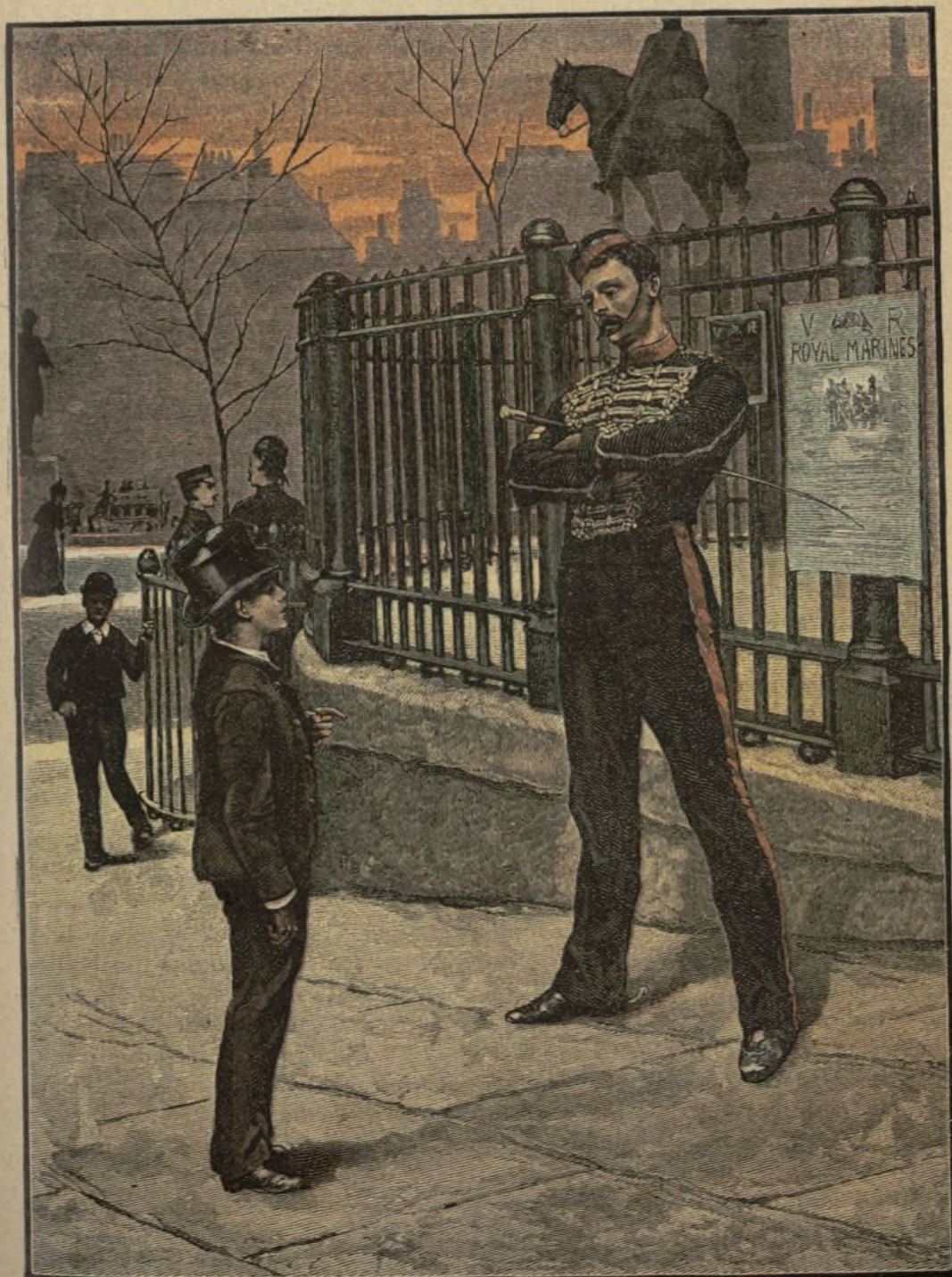
San Miguel





Ayuntamiento de Madrid  
GENTE DE GUERRA





UN ALMIRANTE EN AGRAZ

Ayuntamiento de Madrid



delicadas, que en la próxima ciudad se disputaban los compradores, y con cuyo producto atendía á sus cortas necesidades, repartiendo el sobrante entre los pobres. Cuando no trabajaba leía libros piadosos ó amenos é instructivos, y, como se fijaba en lo que leía, reunió un caudal bastante regular de conocimientos.

Así vivió dos años, sin ocurrírsele nunca que pudiera existir más mundo que el que habitaba; es decir, ocurrírsele sí, pues lo sabía por sus libros; pero no hizo caso de él y prefirió la tranquila vida que seguía, pensando que para su completa felicidad sólo le faltaba el que vivieran sus queridos padres.

\* \* \*

El padre de Emilia le había dejado al morir, como recuerdo, un riquísimo escapulario que le regaló cierto príncipe á quien salvó un día que estaba á punto de despeñarse, y que era una verdadera maravilla por su belleza y por su valor.

Al entregárselo á Emilia le dijo con voz balbuciente:

—Emilia, ya tienes catorce años y eres una mujer. No me has dado ni un disgusto, y espero que cuando esté en el lugar á que Dios, en cuya bondad fío, envíe mi alma, si es de castigo lo temples con tu bondad, y si de premio no le acibares con tu ligereza y mal obrar.

Yo voy á dejar para siempre este mundo, y antes de abandonarte en él quiero darte un recuerdo y un consejo.—

Dicho esto, sacó del pecho el escapulario, y, entregándoselo, prosiguió:

—Este es el recuerdo, y el consejo es que huyas del mundo, que es muy malo; que te acuerdes de tu padre, y que no te separes del escapulario ese más que para hacer un bien á un desgraciado.

Emilia se lo prometió con los ojos arrasados en lágrimas, y el padre, olvidando sus agudos dolores, murió abrazando y bendiciendo á su hija y á Dios, que se la había dado tan buena.

Ya sabéis cómo también se murió la madre de Emilia.

Ésta, al principio, no sabía darse cuenta de su situación; pero el tiempo, que siempre es un gran lenitivo para esta clase de dolores, hizo que se fuese acostumbrando, y al cumplir los diez y seis años, aun cuando no había olvidado á sus pobres padres, ni los olvidaría jamás, porque los buenos hijos siempre se acuerdan de los seres á quienes deben la vida; aunque no los había olvidado, estaba ya acostumbrada á estar sola y era feliz en lo posible.

Ninguna visita había turbado durante aquel tiempo su monótona vida, salvo la de algún cazador que huía de la tempestad.

Un día estaba Emilia arreglando la cabaña cuando llegaron unos cazadores vestidos con lujo y conduciendo un gallardo mancebo gravemente herido.

El joven aquel era el príncipe de aquella comarca, cuyo caballo le había despedido de la silla y arrojado contra unas peñas.

Ayuntamiento de Madrid





Vano Intento  
Ayuntamiento de Madrid



Emilia sabía muchos remedios por ser hija de un cazador, expuesto siempre á grandes caídas, por ser montañesa y conocer las virtudes de las plantas silvestres, y por los libros que había leído; así es que le curó como mejor supo, y á los pocos días pudo el príncipe regresar á su palacio.

Al despedirse quiso recompensar á Emilia por el cuidado que había tenido con él; pero ésta prefirió que se lo entregase á los pobres, pues ella ya estaba bastante pagada con la satisfacción de haber arrancado á las garras de la muerte á un ser humano.

El príncipe prometió hacer lo que ella le decía, y mientras hablaban vió el escapulario, y se empeñó en poseerlo; y como viese que Emilia se lo negaba, por razones que ya sabéis, le ofreció trajes, riquezas, y al último la mitad de su reino.

Emilia, que estaba contenta con su suerte y no ambicionaba nada, no aceptó nada de lo que le proponía, y el príncipe se marchó furioso, jurando y perjurando que había de ser suyo el escapulario.

Emilia continuó idéntica vida á la que hasta entonces había tenido y no turbó tampoco ningún suceso extraño su tranquila vida.

Era en invierno: el agua caía á torrentes, el trueno retumbaba por el espacio, aumentando su fragor los ecos producidos por las montañas, y los relámpagos disipaban á menudo con sus brillantes resplandores las tinieblas en que estaba sumido el valle. Emilia rezaba arrodillada delante de una imagen de Nuestra Señora de... no recuerdo cuál; pero da lo mismo, porque ya debéis saber que sólo hay una *Virgen María*, y que en la *Salve* y el *Ave María* no decimos *Dios te salve María de la Concepción* ó *de los Desamparados*, sino *Madre de Dios*. Pues bien: Emilia oraba por los infelices que sufrían los rigores de la tempestad, cuando oyó un golpe seco en la puerta. Abrió, y al resplandor de un relámpago vió un anciano que humildemente le rogó le permitiera pasar la noche en un rincón de la cabaña.

Emilia, que, como todos los que son buenos, creía que los demás lo eran también, le permitió sin recelo pasar allí la noche, y le cedió una de las dos camas que poseía, y que, misterios de la Providencia, era la misma en que el príncipe había pasado su dolencia.

Pasó la noche, y con ella la tempestad. Al siguiente día lució el sol, y se levantaron con él los dos moradores de la cabaña.

Emilia preparó un abundante desayuno, y mientras lo hacía rogó al buen viejo le contase los motivos de haberse tenido que acoger á tan lejana cabaña.

El anciano le contestó que se dirigía á la vecina ciudad para pedir limosna, pues era tan viejo que no podía trabajar, y tenía una numerosa familia á quien sostener.

Después de oír esto, Emilia recorrió toda la cabaña, y, no encontrando nada que dar al anciano, se quitó del pecho el escapulario y se lo entregó al pordiosero.



\*\*\*

Emilia tiene veinte años y es princesa, pues el príncipe á quien salvó el padre de aquélla le ha dado la mano y su corazón.

Y ¿sabéis por qué ha ocurrido esto?

Porque aquel viejo á quien dió Emilia el escapulario comprendió que le darian más por él en la capital del imperio que no en la población vecina á la cabaña, y como se lo compró un magnate, á quien se lo vió puesto el príncipe aquel que se lo había dado al cazador, ó sea el padre de Emilia, indagó quién era el viejo vendedor, supo la muerte de los padres de Emilia y que ésta se lo había dado de limosna á un pobre habiéndoselo negado á un príncipe, y, teniendo ganas de conocer aquella virtuosa joven, hizo un viaje, que dió por resultado el que sus almas se comprendieran y el príncipe comprendiese, á su vez, que valía mucho más aquella honrada y humilde montañesa que las empingorotadas y orgullosas señoras de la corte, y la elevase á un estado que nunca pudo imaginar.

Dicen las crónicas de donde he tomado el presente sucedido que un pajarito que tenía Emilia se escapó el mismo día de su casamiento, y hay quien sospecha que fué al cielo á notificar á los padres de ésta que había sido buena hasta entonces, que siempre lo sería y que nunca olvidaría que su padre fué un pobre cazador.

## MORALEJA

La caridad y la obediencia son dos virtudes que deben existir en todos los seres, y en especial en los niños.

Si sois caritativos y obedientes obtendréis el beneplácito de todas las personas honradas y el de vuestra conciencia, que es la suprema dicha á que puede aspirar un alma generosa y exenta de ambición.

MANUEL DEL ALISAL



Las tribulaciones de un perro



---

## — NUESTROS GRABADOS —

---

### RETRATO DEL SIGLO XVIII

Muy bonito y muy simpático. Casi sería de desear se volviera á aquellos tiempos, ya que tan estrafalarias, ridículas y grotescas se van poniendo las modas de hoy en día.

### LA ANCIANA

La pobre vieja está muy sola en ese lóbrego aposento. Todo contribuye á aumentar la tristeza de su ancianidad. En cuanto al cuadro del cual es reproducción nuestro grabado, puede considerarse como un magnífico alarde de claro-oscuro.

### LOS CISNES

Es imposible que haya ninguna persona á quien no le gusten los cisnes, animal hermosísimo, elegante como pocos. De ahí que se les mime tanto, y que ellos, que lo saben, no se hagan de rogar para acudir cuando se les llama.

### SAN MIGUEL

Este bajo relieve es copia de un *cuadro* de Rafael. Así se le antojó hacerlo á su autor, quedando demostrado que la obra del inmortal genio de Urbino resulta tan hermosa en una superficie como constando de tres dimensiones. Véase cómo Rafael supo conservar á su obra el sereno sello clásico en medio de la dramática acción del asunto representado.

### GENTE DE GUERRA

Hé ahí unos muchachos que no pueden disimular sus aficiones, y preciso es confesar que le sienta muy bien á ese general la imponente gorra de pelo con que cubre su cabeza. Eso da mucha autoridad, y sus *subordinados* deben obedecerle temblando.

### UN ALMIRANTE EN AGRAZ

Ese señorito se entera por el gallardo soldado de infantería de marina de qué requisitos son necesarios para servir á bordo de los buques de la real armada. Mucho vale el entusiasmo, pero no hay que forjarse demasiadas ilusiones.

### VANO INTENTO

Esa niña pretende coger desprevenido al gorrión que se ha posado en la cuerda en que estaba tendida la ropa que acaba de recoger; pero trabajito le mando si consigue salirse con la suya. Ni estaría bien, por otra parte, que lo consiguiera. Dejarles en paz á los pajaritos, para los cuales la libertad es poco menos que la vida.

### LAS TRIBULACIONES DE UN PERRO

No acaba de convencerse el pobre perro de que sea su propia efigie la que ve reflejarse en el espejo. La verdad es que no parece sino que se da miedo á sí mismo.

Ayuntamiento de Madrid





## CUENTOS ESLAVOS

(Continuación)

Llegó el otoño. Una tarde la madrastra dió su tarea á las tres jóvenes: encargó á una hacer lazos, á otra remendar calcetines, y á Vasilisa hilar. Después apagó las luces de toda la casa, dejando sólo encendida una vela para que las jóvenes trabajasen, y se fué á la cama. Al poco tiempo fué preciso despabilar la vela, y una de las hermanastras cogió las despabiladeras, como para cortar el pábilo; pero en vez de hacerlo así, y en cumplimiento de las órdenes de su madre, apagó la luz, pretendiendo que lo había hecho involuntariamente.

—¿Cómo nos arreglaremos ahora?—dijeron las jóvenes.—No hay ni siquiera una chispa de fuego en el hogar, y aun no hemos concluído nuestra tarea. Será preciso ir á casa de la Baba-Yaga á pedir una luz.

—Con mis alfileres veo bastante,—dijo la hermanastra que estaba haciendo lazos.—Yo no iré.

—Ni yo tampoco,—dijo la que estaba remendando calcetines,—pues con las agujas veo lo suficiente.

—Vasilisa, es preciso que vayas á buscar luz,—dijeron ambas á la vez. Y empujaron á Vasilisa fuera de la habitación.

La joven corrió á su cuarto, dió de comer á la muñeca, y le dijo:

—Come bien, muñeca, y escucha lo que voy á decirte. Me hallo en un grande apuro, porque me envían á buscar luz á la Baba-Yaga, y ésta me devorará.

La muñeca comió tranquilamente y sus ojos comenzaron á brillar como dos bujías encendidas.

—Nada temas, Vasilisa,—le dijo.—Puedes ir á donde te envían; pero no te separes nunca de mí, pues mientras yo esté contigo no te hará daño alguno la Baba-Yaga.

Vasilisa se arregló, puso la muñeca en su bolsillo, santiguóse y marchó al bosque.



La joven iba temblando. De improviso aparécese á su lado un jinete blanco, que viste un traje blanco también: del mismo color son el caballo y sus arneses. En aquel momento comenzaba á rayar la aurora.

Un poco más lejos aparécese un segundo jinete rojo. Su traje, su caballo, y sus arneses de éste son rojos también. En aquel instante comenzaba á salir el sol.

Vasilisa siguió andando toda la noche y todo el día siguiente, y hasta la caída de la tarde no llegó al claro donde estaba la choza de la Baba-Yaga. La cerca se componía de huesos humanos, y sobre ella veíanse cráneos de hombres que conservaban aún sus ojos; piernas humanas servían de contrapeso en las puertas; los cerrojos eran brazos cortados, y en vez de cerradura había una boca armada de agudos dientes.

Vasilisa experimentó un profundo terror y se detuvo, como si sus pies hubiesen echado raíces.

De improviso apareció un tercer jinete, negro, cuyo traje y caballo eran del mismo color. Avanzó hacia la choza de la Baba-Yaga y desapareció de pronto, cual si lo hubiese tragado la tierra. En aquel momento cerraba la noche; pero la oscuridad no se prolongó mucho, porque los ojos de todos los cráneos de la cerca comenzaron á brillar y todo aquel espacio del bosque se iluminó como cuando resplandece el sol. Vasilisa temblaba y no se atrevía á moverse, por no saber hacia dónde dirigir sus pasos.

Poco después oyóse en el bosque un espantoso rugido: los árboles crujieron, las hojas secas se arremolinaron, y de una espesura salió la Baba-Yaga, montada en un mortero, y adelantóse hacia la puerta de la choza, donde se detuvo, exclamando después de husmear un poco:

—¡Uf! ¡Uf! Aquí huele á carne rusa. ¿Quién ha venido?

Vasilisa se acercó, temblando de miedo, inclinóse y dijo:

—Soy yo, buena mujer. Mis hermanas me envían para que me deis una luz.

—Muy bien,—contestó la Baba-Yaga;—ya las conozco. Si te quedas un rato aquí conmigo para hacer un trabajo, te daré luz; pero, si no, te devoraré.

Y, volviéndose hacia las puertas, añadió:

—¡Abríos inmediatamente de par en par! ¡Y tú, cerca mía, divídetel!

Las puertas se abrieron al punto, y la Baba-Yaga entró seguida de Vasilisa, cerrándose aquéllas inmediatamente. Cuando estuvieron en la primera habitación, la Baba-Yaga se extendió cuan larga era y dijo á Vasilisa:

—Ve á buscar lo que hay en el torno: tengo hambre.

(Se continuará)

---

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 33, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid